

**POR LUIS
CARANDELL**

A TERRIZO en Madrid, capital, media España, huyendo de la sequía y las inundaciones. Se despojaron las aldeas, malvendiendo sus habitantes la vieja casa encalada y la cama de hierro con colchones de paja de maíz, la perola de cobre y el lavabo de palangana. Dieron los españoles con sus huesos en barrios de renta limitada, construidos por arquitectos chapuceros. Barcelona y Bilbao, Valencia y Sevilla crecieron desmesuradamente. Pero, de todas las ciudades españolas, ninguna tuvo nunca el prestigio de Madrid. Rompeolas de las Españas, acogió en su seno el más completo muestrero de la humanidad peninsular. Era mucha su tradición de Villa y Corte, de Alcaldía de la nación. Crecían aquí como plantas aborígenes la abogacía y el generalato, el café literario y la picaresca episcopal. Era lugar seguro para echarse un amigo de postín, para obtener la más variada gama de recomendaciones, para alternar en bares y tabernas con todo el escalafón de funcionarios coautores del milagro español. Campo natural de una democracia sui generis en la que coincidían la caña de cerveza con aperitivo, los tacos, el lígüe y un tuteo general, Madrid acogió con buenos modales a los recién llegados. No faltó acaso una débil resistencia por parte de los madrileños verdad —fetén, se decía—, y a veces, en la tasca, se oye todavía decir a un hombre de mediana edad, con el marcado acento del Oso y del Madroño: «A vosotros lo que os pasa es que sois de pueblo». Y añade: «Pues sabes lo que te digo, que ahora mismo prohibía yo que entraran en Madrid los de pueblo».

Sus compañeros de taberna, andaluces, castellanos, gallegos, se ríen de él. Los madrileños están en Madrid en minoría. Se consuelan diciendo: «Yo soy del Foro». «Del Foro, del Foro —contestan los otros—, mucho paleta es lo que hay aquí». La jugada del Desarrollo español sepultó, bajo moles de cemento y coches utilitarios, a una ciudad dieciochesca poblada por funcionarios y opositores, estudiantes con gabardina y viudas de riguroso luto, y por una población flotante que venía a gastarse el dinero. Creció a su alrededor un cinturón industrial edificado un poco por real decreto con los capitales de los ricos de pueblo. Los financieros de todas las provincias españolas, con su señora, con sus hijos y la vieja criada y el secretario particular, se trasladaron a la capital, abrieron casa, y la llenaron de arañas de cristal y muebles dorados. Se concentró en Madrid una población obrera sin precedentes, y, al olor del trabajo, del enchufe y la pasta, los recién construidos bloques de apartamentos se llenaron de periodistas, pintores, señoritas alegres, arquitectos, actores y actrices, intelectuales católicos, cantantes modernos. Buscaron aquí su refugio los secretarios de Ayuntamiento, los médicos rurales y los ingenieros agrónomos escapados del campo.

Con la invasión de Madrid surgió un mercado tan nuevo como apetecible para

EL TERCER MUNDO DE MADRID

EDDIE CONSTANTINE

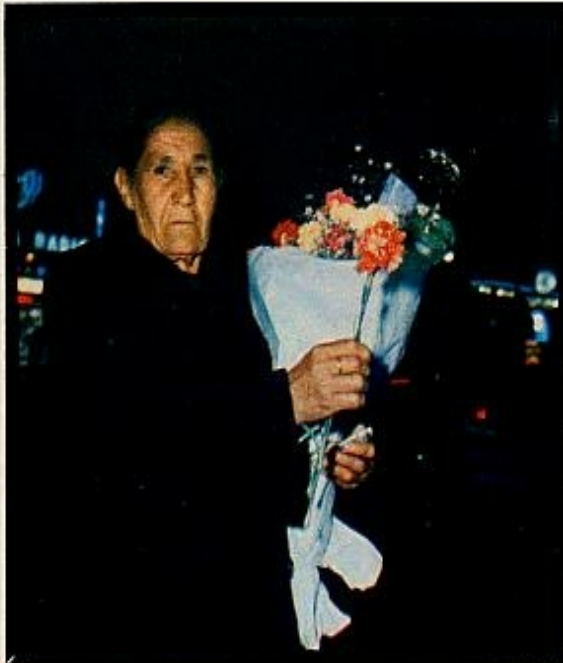
*mas enredado entre
faldas que lo estuvo
nunca... y mas metido
en aventuras a vida o
muerte que lo vimos
jamás...*



*Bajo el cartel
de un
héroe moderno,
la España de
los milagros.*



...exponiéndose al ciego sol del verano y al frío del invierno...



**FLORES
DEL MAL,
FLORES
DEL
BIEN...**



EL TERCER MUNDO DE MADRID

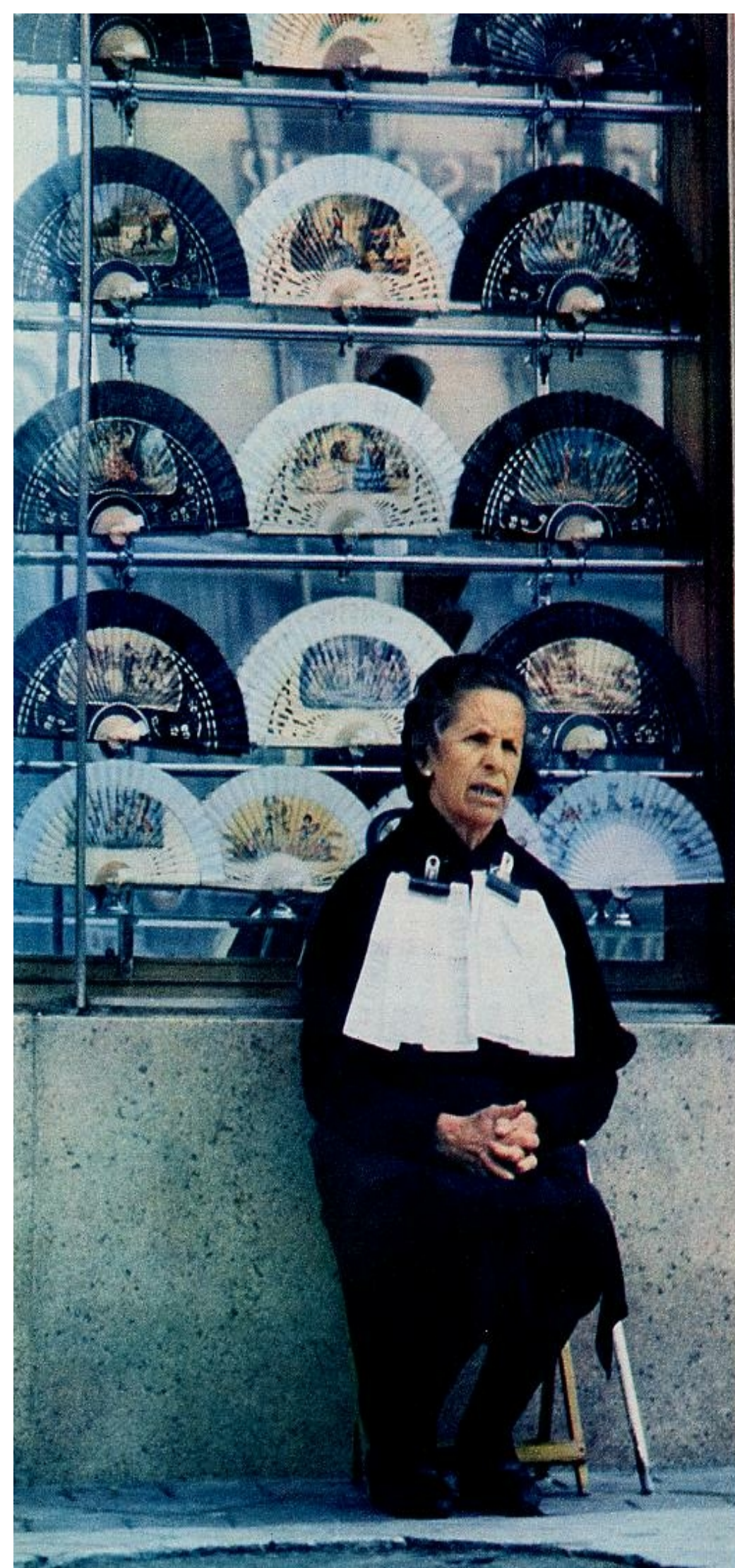


AQUI
EL
DINERO
CUNDE
MUCHO...



*Instala el pipero
su mesilla a la puerta
de los colegios...*

*"¡Hay veinte, treinta
y cuarenta iguales
para hoy!"*



todo género de productos de consumo de fabricación nacional y extranjera, comercializados por novísimos técnicos de empresas y anunciados con profusión en los flamantes medios de comunicación de masas. Se ideó el sistema de los cómodos plazos mediante el cual, el español de la nueva democracia consumista podía adquirir los más variados artefactos y chirimboles. Se llenaron las calles de coches utilitarios, contribuyendo más que ningún otro factor a embarrullar la atmósfera y a contaminar el aire de una ciudad que, en otro tiempo, recomendaba el médico para las afecciones de garganta, nariz y oídos. Las casas de los españoles se llenaron de electrodomésticos, de televisores y radios portátiles, y de toda clase de mecanismos y artilugios comprados a plazos aún a riesgo de reducir la dieta alimenticia y aún a costa de recurrir al más desafortado pluriempleo.

Al fresco del desenvolvimiento económico surgió una completa gama de negocios modernos. El supermercado comprometió seriamente la existencia de la tienda de ultramarinos. La cafetería moderna puso en entredicho al café clásico. La Boutique de moda amenazó a la tienda de tejidos tradicional con su olor de apresto catalán y sus escaparates llenos de boinas. Un nuevo sentido de la decoración, original unas veces, inspirado las más en modelos extranjeros, se lanzó a la tarea de transformar el paisaje urbano.

Y sin embargo, en medio de estos grandes cambios que transtornaron nuestro modo de vida, debemos anotar la pervivencia de viejas actividades comerciales. No parece sino que, al apoderarse los grandes bancos y consorcios financieros de los negocios más pingües, la iniciativa privada hubiera tenido que refugiarse en estas empresas veniales. Esta extraña combinación de rascacielos y chabolismo, de automóviles y burros, de Grandes Almacenes y píperas, que hizo surgir en la mente española la idea de que «Spain is different», viene a ser en realidad nuestra interpretación de la coexistencia pacífica. Brillantísima es en la capital de España la tradición de los vendedores ambulantes. Aún hoy, puede verse en los abigarrados domingos de la Casa de Campo y del Retiro, al clásico aguador, con sus botijos y el vaso, pregonando «¡Agüita fresca!» para el consumo de familias numerosas. Se encuentra todavía en algunos lugares de Madrid a la vendedora de queso tierno de Burgos, y a la vendedora de hojuelas, y, con mayor frecuencia todavía, a la churrera, que se coloca con su pupitre de cinc o su cesta de mimbre a la puerta de las iglesias para abastecer de churros en junquillos a las beatas madrugadoras.

Un paseo por Madrid, de día o de noche, nos ofrece el renovado espectáculo de la venta ambulante, ahora como en los días de don Ramón de la Cruz —a quien los yeyés de la calle que lleva su nombre han dado en llamar Don Moncho—, con una verdadera constelación de personajes que parecen sacados de la literatura clásica

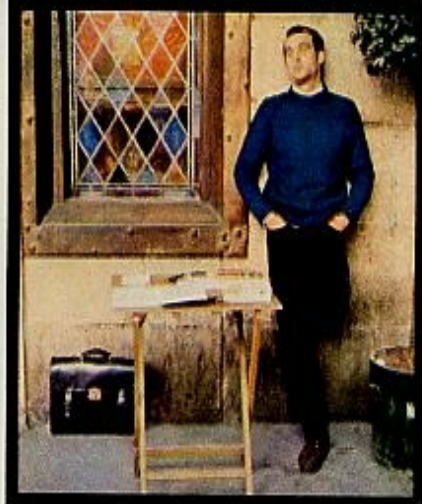
*"Vean señores
y admiren
las obras del
artista-pintor".*



*La trajeron
del pueblo
y la dejaron con
su cesta
de mimbre en
medio de la calle.*



**LA RIFA
EPISCOPAL
Y EL PRESTIGIO
DE LA FILATELIA**



"Con lo del retiro no me llega"

EL TERCER MUNDO DE MADRID



*El vendedor de globos
no tiene ya nada
de poético.*



**EN LA
JUNGLA DE ASFALTO,
LA ESPAÑA
DE EUGENIO NOEL**



española. Se dedican preferentemente a este comercio personas imposibilitadas para otras actividades más fructíferas. Así, vemos a la puerta del cine o de la cafetería en las calles céntricas, al anciano apenas capaz de moverse, a quien algún miembro de su familia coloca en su puesto a primera hora de la tarde para recogerle ya de madrugada con los beneficios obtenidos de la venta. Vemos a la entrada del Metro, a la señora mayor, envuelta en jerseys y refajos, que se mantiene sentada durante doce horas en su taburete, con ayuda de algún aparato ortopédico, cubierta la cabeza con una manta para protegerse de la

corriente de aire. Contra el muro del Ministerio o del Palacio de Comunicaciones o de las Academias y Museos, encontramos el tullido sentado en su cochecito de ruedas, ofreciendo postales y tabaco. El vendedor de globos es un cojón con pata de palo. A la salida del cine hay un cerillero enano. En las esquinas, un ciego vende los iguales. El anciano, el tullido, el ciego y el sordomudo tienen que salir a la calle a ganarse la vida (por los imponderables de la Seguridad Social), exponiéndose al ciego sol del verano, y al frío del invierno y al reumático rocío de la noche. Mientras otros países que no son, como el nuestro,

«diferentes», proporcionan a estas gentes su diario «suministro» (como aquí se dice), nosotros les damos trabajo.

Cumplen estos innumerables vendedores una función social de la que se sienten satisfechos. Un «servicio público» como ahora se dice. Afirma una cerillera: «Estamos al servicio del personal. Si a alguno se le olvida de noche el tabaco, ¿qué va a hacer? Para eso estamos nosotros». Dispone la pipera su mercancía a la puerta de los colegios, y la florista pasea con su ramo de claveles a la puerta de las Salas de Fiesta. Sale la chica con el señor de provincias que vino a Madrid a echar una

Una industria para ancianos,
enfermos y tullidos...

EL TERCER MUNDO DE MADRID



cana al aire y le dice: «Anda, cómprale a Remedios unos clavelitos». Cuando ya las cafeterías y los bares han cerrado, llega una señora con una enorme cesta llena de bollos y pasteles de merengue para consuelo de los estómagos trasnochados. A la entrada del supermercado, un señor vestido de extremeño vende los cacharros que lleva en las albardas del burro. A mediodía o a última hora de la tarde, cuando los padres pluriempleados no tienen ya ocasión de comprar un regalito para su hijo, un comerciante de ocasión hace funcionar en la acera pequeños juguetes mecánicos. Otro vende un muñeco de papel que res-

ponde al nombre de Carlitos, el cual, accionado por un hilo invisible, baila alegremente sobre el pavimento.

Esta sensación de servicio público se ve reforzada por el hecho de que el señorito de Madrid, que a lo mejor es andaluz o de Bilbao, está convencido de que la venta ambulante es un positivo adelanto de la civilización española con respecto a la de otros países. «Ya me dirás tú, a ver en qué país del mundo te puedes comprar de noche un paquete de tabaco». Y es cierto. En ninguna otra capital europea puede uno comprarse de noche un paquete de tabaco, ni poner gasolina al mechero,

ni comprar una bolsa de pipas (de la finca de Luis Miguel Dominguín), ni un chicle, ni mucho menos cigarrillos sueltos.

En el milagro del Desarrollo económico español, que nos ha traído rascacielos, macetas de flores, aparatos electrodomésticos, cafeterías aerodinámicas, boutiques de moda, posters, protestos de letras y actitudes postconciliares, los vendedores ambulantes ponen en el corazón de España, en la Villa y Corte de la vieja piel de toro, la nota desgarrada del subdesarrollo. Madrid, con ellos, se queda en una capital del Tercer Mundo. ■ L. C. (Fotos: P. A. MARTINEZ PARRA y JORGE RUEDA.)